

T. LUCRECIO CARO

DE RERUM NATURA  
DE LA NATURALEZA

PRESENTACIÓN DE STEPHEN GREENBLATT

TRADUCCIÓN DEL LATÍN, INTRODUCCIÓN  
Y NOTAS DE EDUARD VALENTÍ FIOI

BARCELONA 2012



A C A N T I L A D O

TÍTULO ORIGINAL *De rerum natura*

Publicado por  
A C A N T I L A D O  
Quaderns Crema, S. A. U.

Muntaner, 462 - 08006 Barcelona  
Tel. 934 144 906 - Fax. 934 147 107  
correo@acantilado.es  
www.acantilado.es

© de la presentación, 2012 by Stephen Greenblatt  
© de esta edición, 2012 by Quaderns Crema, S. A. U.

Todos los derechos reservados:  
Quaderns Crema, S. A. U.

En la cubierta, *Pera con insectos*, de Justus Juncker (1703-1767)

ISBN: 978-84-15689-17-1  
DEPÓSITO LEGAL: B. 27 909-2012

AIGUADEVIDRE *Gráfica*  
QUADERNS CREMA *Composició*  
ROMANYÀ-VALLS *Impresión y encuadernación*

PRIMERA EDICIÓN *diciembre de 2012*

Bajo las sanciones establecidas por las leyes,  
quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización  
por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total  
o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o  
electrónico, actual o futuro—incluyendo las fotocopias y la difusión  
a través de Internet—, y la distribución de ejemplares de esta  
edición mediante alquiler o préstamo públicos.

## PRESENTACIÓN

«DE LA NATURALEZA»:

UNA INTRODUCCIÓN

por STEPHEN GREENBLATT

El poema filosófico *De rerum natura*, escrito hacia el año 50 a.C. por un romano llamado Tito Lucrecio Caro, es al mismo tiempo una de las obras más grandes de la antigüedad clásica y una de las más extrañas. Su grandeza poética parece haber sido reconocida de modo casi inmediato. El poeta Ovidio proclamó que «los versos del sublime Lucrecio» perdurarían mientras lo hiciese el mundo. Cicerón escribió que el poema era «no sólo rico en brillante ingenio, sino artísticamente elevado». Y Virgilio, aludiendo a Lucrecio en las *Geórgicas*, rindió cálido homenaje a un hombre que «consiguió hallar las causas de las cosas y que ha pisoteado todos los temores». Sin embargo ninguno de los contemporáneos de Lucrecio (al menos ninguno cuyas obras sobrevivan) parece haber buscado o registrado alguna información personal sobre él. En un mundo lleno de curiosidad literaria, de rivalidades y murmuraciones, Lucrecio está extrañamente ausente.

Su ausencia resulta más sorprendente aún si tenemos en cuenta que su nombre (Lucrecio) sugiere que perteneció a una estirpe romana venerable y socialmente distinguida y porque su poema está dirigido, en un tono de estrecha amistad, a un noble bien conocido y políticamente destacado, Gayo Memmio. ¿Por qué entonces parece haberse corrido

un velo sobre *De rerum natura* y su autor? La respuesta (si no se reduce todo a que ha sobrevivido por obra del azar sólo aquello de lo que disponemos) puede hallarse en el hecho de que el poema se sitúa en una relación tensa y contrapuesta frente a los valores romanos básicos de la época.

Esos valores incluían la piedad, la disciplina militar, el gusto por los espectáculos públicos violentos, el orgullo cívico, la toma de botín y el deseo de una fama personal que sobreviviese a la breve existencia del individuo. Lucrecio alude al menos a algunos de ellos en la extravagante alabanza de su héroe, el filósofo griego Epicuro (341-270 a.C.), que, desafiando valerosamente el «cielo con su amenazante bramido» (1: 68), ha proporcionado grandes beneficios a la humanidad y merece que se le considere un dios por haber vencido monstruos más temibles que los sojuzgados por Hércules. Pero esos frutos y esos monstruos no son en realidad lo que imaginaban ordinariamente los romanos, y el poeta deja claro que desprecia casi todos los principios básicos a los que sus contemporáneos rendían homenaje. En su opinión, el culto piadoso a los dioses era un desvarío. Anhelaba la paz, no la conquista militar. Y despreciaba la matanza insensata de animales y el derramamiento de sangre de los gladiadores en el circo. La persecución de riquezas extravagantes, para uno mismo o para la propia ciudad, le parecía una búsqueda descarriada de seguridad, de una seguridad que era imposible alcanzar. Y pensaba que ante el simple e ineludible hecho de la extinción era absurda la búsqueda ambiciosa de fama eterna. Así que tal vez debieran sorprendernos los fragmentos de admiración contemporánea de Lucrecio, en vez del velo de silencio.

Por supuesto, en la época en que se inicia el predominio del cristianismo en Roma (después de la conversión del emperador Constantino en el año 312) había desaparecido ya todo rastro de admiración. Puede que los primeros cristianos compartiesen algunas actitudes de Lucrecio. Se negaban a ofrecer sacrificios a los dioses paganos, menospreciaban la acumulación obsesiva de riquezas y ensalzaban el valor de la paz. Eran también los que tenían más razones para despreciar la violencia del circo. Pero sus motivos subyacentes eran muy distintos de los del poeta pagano. Los cristianos soñaban con una vida posterior (un reino de castigos y recompensas) y adoraban a un Dios creador todopoderoso cuya existencia Lucrecio negaba categóricamente.

Esa es la razón de que las alusiones a Lucrecio en la antigüedad tardía fueran muy pocas, muy distantes entre sí y en general, hostiles. Y de que debamos aplicar muchos granos de sal al único esbozo biográfico que sobrevive, una breve nota de San Jerónimo (c. 340-420), padre de la Iglesia, en la entrada correspondiente al año 94 a.C. de una crónica: «Nace Tito Lucrecio, poeta. Después de que un filtro amoroso le hubiese vuelto loco, y hubiese escrito en los intervalos de su locura varios libros que Cicerón revisó, se quitó la vida por su propia mano a los 44 años». Las fechas que proporciona Jerónimo deben de ser correctas, pero sería precipitado creer que lo demás que dice no sea sólo polémica ligeramente disfrazada.

En la época de Jerónimo, el poema de Lucrecio se hallaba ya en proceso de ser silenciado, junto con muchas otras voces del mundo clásico. En los siglos que siguieron, se aceleró ese silencio general, a medida que la guerra, el caos, la interrupción del comercio, la reducción del sistema educa-

tivo, las invasiones bárbaras y la indiferencia o la hostilidad de las autoridades cristianas hacia la cultura pagana fueron afectando negativamente a un orden social, político e intelectual que ya no podía defenderse. La escuela filosófica que defendió Lucrecio, el epicureísmo, resultó particularmente afectada. Había ocupado en tiempos un puesto importante en los debates filosóficos, pero sus seguidores romanos, aparte de Lucrecio, representados en varios diálogos de Cicerón, habían caído en el olvido. Todas las obras de los iniciadores de esa escuela, Demócrito y Leucipo, se habían perdido, lo mismo que, con pocas excepciones, las del maestro principal, Epicuro.

Con esas desapariciones, *De rerum natura* de Lucrecio se convirtió en la articulación más completa y matizada de una tradición filosófica importante en el pasado pero ya prácticamente olvidada. Durante la Edad Media afloraron esporádicamente indicios de la existencia continuada del poema; lo más interesante quizá sean las diversas citas que figuran en la obra del notable obispo y erudito Isidoro de Sevilla (c. 560-636), pero su presencia era tan fugaz que parecía también destinado a desaparecer. Es posible que sobreviviese sólo una copia del poema, realizada en el norte de Italia después del siglo VII, copia que parece haber sido copiada a su vez dos veces en el siglo IX. Un incendio, un acto de vandalismo casual, o un acto deliberado de represión habrían bastado para sepultarlo definitivamente, y sepultar con él toda una visión del universo. Pero lo cierto es que el poema sobrevivió y en 1417, de una forma completamente inesperada, volvió a circular.

La persona responsable de ese retorno fue Poggio Bracciolini (1380-1459), humanista italiano y burócrata papal.

Poggio era un hombre insólito, perspicaz, fascinante incluso (el cazador de libros más grande de una época obsesionada con la búsqueda de rastros textuales del pasado clásico), pero no era un gigante intelectual. Fue el agente por medio del cual sucedió algo importante. Es decir, fue un «porteador». No existe ninguna prueba de que él mismo comprendiera plenamente la importancia del poema que había localizado en una biblioteca monástica de Alemania, ni tampoco parece que lo hiciesen sus contemporáneos. No podemos estar seguros, claro, porque hemos de tener en cuenta que zambullirse demasiado profunda o entusiásticamente en el contenido del poema de Lucrecio podría haber resultado peligroso.

El poema volvía a poner en circulación una serie de ideas que eran anatema para los cristianos bienpensantes de la época y que, incluso ahora, tras una considerable reivindicación científica, siguen siendo sumamente polémicas. El universo, afirmaba Lucrecio, consiste en átomos y vacío y nada más. (El término «átomo» viene del griego y significa ‘lo que no se puede dividir’, pero Lucrecio por su parte utilizaba palabras latinas como «primeras cosas» y «las semillas de las cosas»). Estas partículas elementales son invisibles, pero son puramente materiales, es decir, no hay fuerzas espirituales misteriosas operando en el mundo. Los átomos, infinitos en número aunque finitos en su variedad de formas, son eternos. Las formas particulares surgen y desaparecen, pero el material del que esas formas están hechas perdura eternamente. Aparte de los propios átomos, nada se mantiene invariable e inalterable, pues todo, incluso los objetos que parecen perfectamente fijados e inmovibles, consisten en materia que está en constante movi-

miento. A menudo no podemos detectar el movimiento, lo mismo que no podemos ver los átomos por nosotros mismos, pero el movimiento existe de todos modos y se puede intuir si uno mira las motas de polvo que bailan en un rayo de luz.

¿Por qué esta teoría (y por supuesto el atomismo era hasta muy recientemente sólo una teoría, una hipótesis brillante sin ninguna constatación empírica) tendría que haber resultado perturbadora? Después de todo, el universo tiene que estar hecho de algo, y la gente podía ver por sí misma (por ejemplo, observando pequeños insectos) que parecía haber partículas asombrosamente pequeñas que debían de estar compuestas a su vez de otras aún más pequeñas. La respuesta es que Lucrecio, siguiendo a Epicuro, argumentaba que un universo consistente en un número infinito de partículas eternas e invisibles en constante movimiento no tenía ninguna necesidad de un creador y ninguna necesidad de un diseñador. Los dioses pueden existir (Lucrecio parece pensar que existen) pero no tienen nada que ver con cómo son las cosas. La propia naturaleza experimenta sin cesar. Lo único que hace falta es un desvío mínimo (la palabra latina de Lucrecio es *clinamen*) que haga que los átomos choquen entre sí. La mayoría de estos choques no dejarán rastro, pero a lo largo de la extensión inconcebible de tiempo infinito, todo lo que vemos (y mucho más, pues el universo es más vasto de lo que nosotros podemos captar) llega a ser.

Es difícil imaginar algo más ajeno a la gran historia de la creación que se cuenta en el Génesis y que se repite al principio del Evangelio de san Juan. Y Lucrecio en su cosmogonía sólo ha empezado a extraer las implicaciones de



la teoría. El universo no fue creado para los humanos, argumenta, ni tiene nuestro destino como especie un significado excepcional. Llegamos a la existencia igual que llegaron todas las demás cosas, como consecuencia de una vasta cadena de experimentos casuales. Aquellos seres formados en tales experimentos que son capaces de adaptarse al entorno, de encontrar con qué alimentarse y de reproducirse continuarán existiendo como especies durante cierto período de tiempo, hasta que cambios en el entorno o su propia estupidez conduzcan a su extinción. Antes de que nosotros llegásemos a existir hubo otras especies en el mundo, y si nuestro mundo perdura habrá otras después de que la nuestra deje de existir. Nuestra forma particular de ser (nuestra capacidad de hablar, nuestras estructuras características de familia y de comunidad, nuestra tecnología) surgieron como resultado de una evolución lenta, un afloramiento adaptativo a partir de una condición más primitiva. Pero este afloramiento no es una señal inequívoca de progreso: hay, por el contrario, muchos indicios de que los seres humanos son peligrosamente autodestructivos, a causa sobre todo de nuestra tecnología militar y de nuestra relación agresiva y dilapidadora con el entorno.

La autodestructividad se extiende, en opinión de Lucrecio, a nuestra propensión a abrazar las fantasías que proponen las religiones. Asustados por un trueno o un terremoto o una enfermedad, los humanos imaginan característicamente que las desdichas son obra de los dioses, cuando en realidad existen causas naturales de esos fenómenos, aunque en el estado actual de nuestros conocimientos no podamos determinarlas. Los sacerdotes tientan a los creyentes con sueños de gozos eternos en otra vida como recompensa

sa a la piedad, y les aterran con visiones de castigos eternos. Pero todo eso es un entramado de ilusiones: el alma, como el cuerpo, es una estructura material que se desintegra con la muerte, y no hay por tanto otra vida. La fe religiosa parece superficialmente una forma de esperanza, pero su estructura psicológica subyacente se compone de amenaza y angustia y sus rituales sacrificiales característicos son profundamente crueles. Es mejor, pensaba Lucrecio, afrontar la verdad (que sólo tenemos esta vida, el aquí y ahora), aceptar los placeres que se nos ofrecen mirar sin temor la realidad de la muerte y su carácter definitivo.

Si el epicureísmo que Lucrecio expuso de forma tan elocuente se hubiese mantenido en circulación más o menos continua a lo largo de la Edad Media, como muchas de las obras de Aristóteles, los teólogos, eruditos y artistas medievales probablemente hubiesen hallado medios de adaptar las proposiciones básicas epicureas a su visión cristiana del mundo. Pero, al volver al mundo como lo hizo después de un silencio virtual de más de un milenio, a la mayoría de los lectores cristianos esa filosofía de Lucrecio les pareció al principio absurda, o demente o malvada. Después de todo se había reincorporado a una cultura virtualmente obsesionada con imágenes del Cristo maltratado y sangrante y de la promesa de un gozo y una condenación eternos.

Pero ante los argumentos de Lucrecio, llenos de inteligencia y de pasión, y ante la elocuencia consumada de su poesía, con sus maravillosas metáforas y su dicción sutil, resultaba imposible limitarse a ignorarle. Un pequeño número de personas, al principio en Florencia y luego ya en toda Italia y en otras partes de Europa, mostraron señales de interés, pero tenían que tener cuidado. El gran filósofo

florentino del siglo xv Marsilio Ficino empezó a escribir un comentario, que acabó quemando, claramente alarmado por el territorio peligroso al que le llevaba. Maquiavelo, que hizo laboriosamente una copia de todo el poema, tuvo la prudencia de no mencionar a Lucrecio por el nombre. El hereje dominico Giordano Bruno no fue tan prudente. Profesaba ideas del universo que estaban estrechamente relacionadas con las que había encontrado en *De rerum natura*, por lo que fue denunciado a la Inquisición, detenido y, tras años de cárcel e interrogatorio implacable, quemado en la hoguera en el Campo dei Fiori de Roma en 1600.

Pero una vez puesto de nuevo en circulación, y sobre todo tras la llegada de la imprenta, no fue posible ya silenciar el poema de Lucrecio. Las muestras más interesantes de su primera recepción se encuentran en las obras de los pintores, que era menos probable que tuviesen problemas con las autoridades. La *Primavera* (c. 1482) de Botticelli estaba directamente inspirada por versos de *De rerum natura*, lo mismo que varios cuadros notables sobre la vida del hombre primitivo de Piero di Cosimo. Michel de Montaigne, en sus *Ensayos*, halló un medio de saborear y asimilar a Lucrecio (al que cita docenas de veces) sin desafiar de forma directa la ortodoxia católica que él profesaba oficialmente.

Montaigne abrió el camino a la ambiciosa tentativa del sacerdote y matemático católico del siglo xvii Pierre Gassendi de conciliar el epicureísmo con la fe cristiana. Pero a finales de ese siglo surgieron voces que reflejaban una motivación menos piadosa. El atomismo de Lucrecio había interesado ya a Galileo y, pese a los ataques de los jesuitas y de otros defensores de la ortodoxia, fue resultan-

do cada vez más convincente como teoría científica. En el lejano extremo de la compleja cadena de la especulación física que la filosofía antigua había puesto marcha se halla Isaac Newton, y más allá de Newton, Einstein. Y también las ideas de Lucrecio sobre la psicología y la evolución humana acabaron hallando su camino, por rutas tortuosas, en el pensamiento de Darwin, Freud y Marx.

Lucrecio comprendió que a algunos de sus lectores su mensaje les parecería amargo (y se desvía de su camino para concluir el poema con una descripción aterradora de la peste de Atenas), pero su propósito global era terapéutico. Hay muchos objetivos falsos, muchos modos de perder el tiempo del que disponemos por el extraño y maravilloso accidente de nuestra existencia. En realidad, el objetivo más elevado para un ser humano es el mismo que el de cualquier otra criatura viva: la búsqueda del placer.

En esa búsqueda también hay ilusiones engañosas, entre las que se incluyen las fantasías obsesivas tejidas en torno a los gozos naturales de las relaciones sexuales. Lucrecio analiza esas fantasías en un pasaje famoso y deplora el sueño engañoso de una penetración absoluta. Pero no repudia la búsqueda del placer, incluido el sexual. Por el contrario, como deja claro en el inicio mismo de su gran poema, utiliza como figura metafórica central de toda su obra a la diosa que une a todas las criaturas vivas de este mundo en el deseo apasionado y en el simple y valioso placer de la propia existencia.

*Agosto de 2012*

*Traducción del inglés de  
José Manuel Álvarez-Flórez*